

tos, aprobados no sólo por la Asamblea de Católicos de Tortosa, sino por el segundo Congreso Católico de Zaragoza, y la especial organización que hemos dado á nuestras instituciones. ¡Quiera el cielo que con este libro contribuyamos de algún modo á lo que nos manda á todos nuestro Santísimo Padre León XIII, y que su lectura nueva á otros á emprender en otras regiones de España la organización de dichas asociaciones!



PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

Naturaleza y gravedad de la cuestión social

El Sumo Pontífice León XIII, en su última carta Encíclica sobre el estado actual de los obreros, expone del modo siguiente la naturaleza de la *cuestión social*:

Una vez despertado el afán de novedades, que hace tanto tiempo agita los Estados, necesariamente había de suceder que el deseo de hacer mudanzas en el orden político se extendiese al económico, que tiene con aquél tanto parentesco. Efectivamente: los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por que van las artes, el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud; y en los obreros la mayor opinión que de su propio valer y poder han concebido, y la unión más estrecha con que unos á otros se han juntado; y finalmente, la corrupción de las costumbres, han hecho estallar la guerra. La cual guerra, cuanta gravedad entrañe se colige de la viva expectación que tiene los ánimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las asambleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los príncipes; de tal manera, que no se halla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres.

Para que las clases obreras puedan comprender lo que indica el sabio León XIII en su admirable Encíclica, creemos que no será fuera de propósito dar algunas nociones acerca del orden económico.

La moral cristiana enseña lo que los hombres deben hacer para conseguir su último fin; el derecho, lo que las leyes deben prescribir para la existencia del orden social y para que dentro de éste pueda cumplir el hombre sus propios fines; la política, qué forma de gobierno y qué instituciones deben establecer los pueblos. Como los hombres no son puros espíritus

sino seres compuestos de alma y cuerpo, de aquí que por causa de los bienes exteriores y materiales, que son el sostén y alimento de su vida, los hombres se hallen necesaria y perpetuamente en relación y contacto los unos con los otros. Ahora, pues, ordenar ó distribuir estos bienes materiales, estos bienes *útiles*, conforme en un todo á la justicia y en vista del bien común, es el objeto de la Economía política.

La Economía política es una parte de la ciencia social, y ésta, á su vez, es parte de la moral. La moral, en efecto, tiene por objeto al hombre en todas sus libres manifestaciones, gobierna y rige toda la actividad humana, y como enseña al hombre su fin último y supremo, dirige á su vez todos los fines del hombre parciales y secundarios. Por lo tanto, el orden económico está subordinado al orden social, y entrambos al orden moral.

Ahora bien; en nuestros días, á consecuencia de los trastornos que existen en el orden político de las naciones, se observa también trastorno y confusión en el orden económico. ¿En qué consiste la naturaleza de la *cuestión social*? Así como decimos que existe una *cuestión política* cuando se discute públicamente y se desea cambiar la forma de gobierno y las instituciones públicas de una nación, de la misma manera se dice agitarse la *cuestión social* cuando se discute y se desea transformar la organización social de un estado ó nación.

Se afirma comúnmente que la *cuestión social* es la cuestión de la desigualdad social; sin embargo, esta fórmula ni es exacta enteramente, ni expresa el fondo de las cosas.

Existe hoy, ha existido siempre y continuará existiendo, mientras existan hombres sobre la tierra, alguna manera de desigualdad social natural, necesaria, fundada en la diversidad de caracteres, talentos, fuerzas y virtudes de los hombres; en la variedad de empleos y oficios tan diferentes del organismo social, como lo demuestra con toda evidencia la misma palabra *cuerpo social* con que se designa á la sociedad.

Además, otras causas muy hondas y profundas han contribuido también poderosamente á engendrar ese conflicto aterrador, esa tempestad horrorosa que sube avanzando por el horizonte de los pueblos civilizados.

Dice el Romano Pontífice:

Efectivamente: los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por que van las artes, el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud; y en los obreros la mayor opinión que de su propio valer y poder han concebido, y la unión más estrecha con que unos á otros se han juntado; y finalmente, la corrupción de las costumbres, han hecho estallar la guerra.

No hay duda que el desarrollo simultáneo de las artes y de las ciencias positivas, especialmente los inventos que tanto han hecho progresar la industria, la agricultura y todo trabajo general; el espíritu egoísta, tirá-

nico y cruel, tanto público como privado, junto con la apostasía de casi todos los gobiernos de Europa, y la total desaparición del antiguo régimen cristiano, han producido ese mal social, ese conflicto social, que hoy sobresale sobre todas las demás cuestiones, y que el siglo XIX legará al XX como un terrible castigo, si no se pone pronto y eficaz remedio.

El carácter distintivo de la *cuestión social*, en sentir del R. P. G. de Pascal¹, es la profunda división de las diferentes clases de la sociedad.

Los encomiadores de la Revolución francesa, ante esta división profunda entre pobres y ricos, no saben qué contestar. Se prometieron una época de dicha y de felicidad social tan pronto como proclamaron los principios de la revolución: igualdad, libertad y fraternidad. Pero grande ha sido el desengaño. Jamás en la historia de las naciones de Europa se ha visto á los hombres tan enemigos unos de los otros y tan armados para la lucha. La civilización moderna lleva en su frente el signo fratricida del odio: en medio del brillo del progreso material, en medio de grandes capitalistas y millonarios ha aparecido el pauperismo, que crea y conserva verdaderos ejércitos de miserables, y el proletariado, que echa sobre la tierra millones de criaturas racionales sin hogar, sin tradiciones y sin pan para mañana, verdadera mercancía humana puesta á merced de las fluctuaciones del mercado. No es difícil señalar de paso las causas de ese odio y desigualdad. Dos elementos contribuyen poderosamente á la armonía y concordia de los pueblos, á saber: la vida material fácil y barata y el continuo contacto entre las clases sociales. Es un error creer que en los siglos pasados la vida material, el pan cotidiano, era más costoso ó difícil de hallar que hoy; nuestros padres pasaron, es verdad, tribulaciones que hoy no conocemos, pero gozaban de la paz y de la abundancia, y el salario era proporcionado á sus gastos. Además, las clases sociales se hallaban en continuo contacto, mezclados y confundidos nobles y plebeyos, ricos y pobres, mucho más que hoy lo están los que habitan en las ciudades y los labradores de los pueblos, los hombres de mundo y los pobres obreros.

Los derechos hoy son iguales entre ricos y pobres, pero las costumbres y el modo de vivir de unos y de otros difieren profundamente.

Declarada la naturaleza de la *cuestión social*, veamos ya su gravedad que es lo segundo que propusimos tratar en el presente capítulo.

Por mucho tiempo los herederos de la Revolución francesa, los que han engrosado sus fortunas con los bienes de los religiosos, de los clérigos y comunes de los pueblos, los que gobiernan y dirigen las naciones de Europa, felices y orgullosos con sus palacios y riquezas, con el progreso material, negaron que existiese la *cuestión social*, la lucha terrible del pobre contra el rico, del obrero contra el patrono. Los más sabios políticos, á los hechos evidentes que se les señalaban, respondían: «Esto no es nada; no es más que un accidente de las conquistas modernas; es una en-

¹ *La Controverse*, tomo IX, pag. 360.

fermedad pasajera: dejad á los obreros; dejad hacer, dejad pasar las turbas: la actividad humana, las libertades modernas por sí mismas, no lo dudéis, resolverán el problema tan complejo al parecer».

Sin embargo, durante todo el tiempo de las libertades modernas, el descontento y el odio del pobre obrero han ido en aumento; lo que antes era casi nada, al decir de los liberales, ha tomado las proporciones de una inmensa catástrofe que nos amenaza, y está ya á nuestras puertas, y la efímera y pasajera enfermedad ha degenerado en un mal crónico. En la hora actual, como nos enseña el Romano Pontífice León XIII, la *cuestión social* penetra en las Academias y en los Ateneos; los socialistas y anarquistas invaden los Parlamentos y manifiestan violentamente sus pretensiones: la *cuestión social* inspira é informa los programas de los oradores y de los tribunos, y las muchedumbres de los obreros, que trabajan y sufren, cansados ya de vanas promesas proclaman sus principios por calles y plazas, ya en frecuentes huelgas, ya en manifestaciones pacíficas ó tumultuosas, y con rojos ó negros estandartes en los cuales se leen estas significativas palabras: **pan y justicia**. ¡Terrible castigo para la Europa masónica y masonizante! Creían los amigos y entusiastas de la Revolución francesa, que, proclamados los derechos del hombre, separando á los pueblos de la Iglesia y desamortizando sus bienes, iban á entronizar para siempre una era de justicia y de fraternidad universales, y proporcionar pan abundante al pobre; ha sucedido todo lo contrario: falta ya pan al pobre en muchas partes, y la justicia y la fraternidad son hoy más raras que nunca entre los hombres. No es necesario ser profeta para asegurar que Dios prepara á la Europa prevaricadora un terrible castigo, una catástrofe tal, que los días del terror de la Revolución francesa serán una sombra en comparación de las ruinas y asesinatos causados por el socialismo y anarquismo en un tiempo no muy lejano, si no se da pronto y eficaz cumplimiento á los saludables consejos y amonestaciones que á pueblos y gobernantes da en su inmortal Encíclica S. S. León XIII. Con las ruinas ocasionadas por la dinamita de los anarquistas, demostrará Dios Nuestro Señor que no impunemente se ultraja la ley divina, especialmente por los gobernantes, y de este modo el desorden material vengará el orden moral, violado y ultrajado por los amigos de la Revolución francesa, por los hombres del tercer estado. Ya Federico Osanam, al fundar las admirables Conferencias de San Vicente de Paúl, esparcidas hoy por todo el mundo, escribía á sus compañeros:

La sociedad se halla dividida en dos bandos; las clases sociales se hallan dispuestas á despedazarse; la lucha es inminente. Interpongámonos entre los dos bandos con la verdad católica en los labios y la caridad en el corazón; echemos bálsamo de consuelo en tantos corazones ulcerados; recordemos á esos hombres que se llaman enemigos, y que se odian de muerte, que son hermanos, y pongamos al odio, siempre en aumento, el sacrificio y la abnegación.

Si esto escribía F. Osanam hace cincuenta años, ¿qué diría hoy ante las masas socialistas y anarquistas? Nadie piense que éstas sean exagera-

ciones, y que el mal social que amenaza no es tan grave é inminente. Lea quien quisiere la obra que acaba de publicar el elocuente diputado por Alsacia-Lorena en el Parlamento Alemán, el sacerdote Winterer, cura párroco de Mulhouse, titulada *El Socialismo internacional*. En ella examina el movimiento, siempre creciente, del socialismo y anarquismo que se verifica en las naciones de Europa y América, su aumento prodigioso y amenazador, y termina su obra con dos capítulos, que son dos gritos de alarma á la vista del peligro social:

¿Adónde vamos á para? A una catástrofe inaudita. ¿Qué debemos hacer? Poner pronto y eficaz remedio, si lo queremos evitar.

El mismo diputado Winterer, en el último Congreso de las Obras sociales celebrado en Lieja en los días 7 y 10 de septiembre del año 1890, expuso en un elocuentísimo discurso la gravedad del mal, y exclamaba:

En la hora en que hablo, ¿quién duda de la proximidad é inminencia del peligro social? ¿Quién duda que entre todos los poderes de la tierra el socialismo es ya hoy un poder terrible, un poder internacional? En efecto; tres hechos se han realizado en un año, los cuales conviene examinar para comprender la gravedad del peligro social que nos amenaza. El primer hecho es el Congreso marxista celebrado en París en julio de 1889. El día 14 de julio, mientras se celebraban en París grandes fiestas para solemnizar la Exposición Universal, hombres llegados de todas las naciones de Europa y de las dos Américas se reunían en un Congreso al parecer pacífico. Estos hombres, pertenecientes á más de veinte naciones distintas, hablaban doce lenguas, y á todos, hasta entonces casi desconocidos entre sí, los reunía un nuevo género de fraternidad cosmopolita. Cada uno de ellos era delegado de millares de electores de la clase obrera, y orgullosos con tal delegación, se consideraban como representantes genuinos del trabajo. La prensa toda saludó con entusiasmo á los delegados de la clase obrera al llegar á París, añadiendo que el nuevo Congreso iba á acabar con la *gran industria*, y llamando al Congreso marxista *Parlamento del trabajo*, único que registra la Historia del género humano. Después que los congresistas deliberaron como el más serio y grave Parlamento sin disputas, votaron sus resoluciones, comprometiéndose mutuamente á procurar por todas partes su exacta ejecución; se fueron á visitar á los muertos: ¿y qué muertos? A suspender *un Mur des Fidèles*, en el cementerio del Padre Lachaise, una inmensa corona de siemprevivas, jurando sobre la tumba de los comuneros consagrar su vida á la defensa de los derechos de los proletarios. Antes de separarse de París los congresistas lanzaron el grito de la revolución social á los obreros de los dos mundos: «PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS».

Ahora bien; ¿fué por ventura el amor fraternal el que unió á estos hombres venidos de todos los puntos de la tierra? No y mil veces no, fué el odio social. Fueron á París para unirse en la lucha contra la sociedad actual, para organizar la revolución social universal. Uno de los presidentes del Congreso no tuvo el menor reparo en declararlo, añadiendo: «La lucha de las clases dominantes contra la unión internacional de los obreros es el último combate, el combate desesperado de la antigua sociedad contra la futura sociedad».

Estas palabras manifiestan bien claramente la significación del Congreso social marxista reunido en París en 14 de julio de 1889. En la historia de

los Parlamentos liberales de Europa no se halla uno cuyas deliberaciones y resoluciones hayan tenido la importancia que las del Congreso obrero de París. Porque con este Congreso ha entrado en el mundo actual un nuevo poder, una nueva potencia de primer orden, potencia, es verdad, de negación, de destrucción de lo actual, la potencia de la revolución social internacional organizada.

El segundo hecho social que señaló al Congreso de Lieja el diputado Winterer fué el triunfo de los socialistas alemanes en las elecciones del 20 de febrero de 1890. De doce diputados socialistas llegaron en estas elecciones al número de treinta y cinco, reuniendo la suma de 1.427.000 votos. Este resultado fué un verdadero acontecimiento que demostró evidentemente el progreso del socialismo en Alemania. En efecto; desde 1878 á 1890 los votos dados á los candidatos socialistas aumentaron en Berlín, de 57.000 á 126.000; en Hamburgo, de 29.000 á 66.000; en Munich, de 5.000 á 25.000; en Magdeburgo, de 6.000 á 17.000; en Francfort, de 4.000 á 12.000; en Koenigsberg, de 1.000 á 12.000; en Hannóver, de 6.000 á 15.000, etc.

El órgano principal del socialismo alemán é internacional que se publica actualmente en Londres, titulado *Social-demokrat*, apareció orlado de fiesta y de color de sangre, lanzando siniestros gritos de triunfo. En la primera página del periódico se hallaba la imagen desgrefnada de la revolución sostenida por dos obreros que gritaban: «EL MUNDO ES NUESTRO POR MÁS QUE HAGAN». Este grito se consideró como el grito de triunfo del socialismo cosmopolita; porque en efecto, el eco del grito resonó en las orillas del Támesis y de la Sprée, más allá de los Alpes y de los Pirineos, en París como en Copenhague, en New-York como en Chicago. Y con razón, porque los socialistas de Europa y los de las dos Américas habían contribuido con sus colectas al triunfo de los socialistas alemanes.

El tercer hecho es la manifestación socialista de 1.º de mayo. La primera manifestación obrera de esta clase se verificó el 1.º de mayo de 1886 en América, en donde los obreros pidieron por las calles y plazas de sus principales ciudades ocho horas de trabajo diario. Los manifestantes no obtuvieron lo que pedían por entonces; pero insistieron en la misma petición en 1890, y los enviados al Congreso marxista de París llevaban encargo, de parte de los obreros americanos, de presentar dicha petición. Los inspiradores del Congreso marxista vieron en la petición presentada por los delegados americanos un medio de conseguir con gran facilidad la liga internacional obrera que intentaban organizar. Acogió el Congreso entero la petición de los delegados americanos; obligóse á los obreros de Europa y de las Américas á que el 1.º de mayo hicieran manifestaciones pidiendo la reducción del tiempo de trabajo, y limitándolo al espacio de ocho horas. Lo que ha sucedido después, y cómo se vienen realizando en las grandes ciudades de Europa y de las dos Américas las manifestaciones de 1.º de mayo, no hay para qué indicarlo; está en la memoria de todos. Manifes-

taciones de miles y miles de obreros en un mismo día, y pidiendo lo mismo en todas las grandes ciudades del mundo, es un hecho tan grave y tan nuevo, que es único en los anales del género humano. Los gobiernos de Europa prohibieron en algunas partes dichas manifestaciones por calles y plazas; pero los obreros, donde les convino, obedecieron antes al Congreso marxista de París que á los gobiernos; y de aquí las sangrientas colisiones y disturbios que tanto en Francia como en las demás naciones tuvieron lugar. Nadie dudará que de los tres hechos indicados se desprende evidentemente la gravedad de la cuestión social y la poderosa organización de los socialistas en todo el mundo.